

CAPÍTULO X.

EL TENTADOR.

Al oír esta orden, ó más bien á esta súplica de la reina, Felipe apretó sus acerados músculos, afianzóse sobre sus jarretes, y el trineo se paró, como el caballo árabe que se estremece sobre sus corvejones en los arenales de la llanura.

— ¡Oh! ahora descansad, dijo la reina saliendo vacilante del trineo. En verdad no habría creído jamás que hubiese semejante embriaguez en la velocidad. En poco ha estado que no me habéis vuelto loca.

Y todo vacilante, en efecto, se apoyó en el brazo de Felipe.

Un estremecimiento de estupor que corrió por todo aquel gentío cubierto de dorados y encajes la advirtió que acababa de cometer otra de esas faltas contra la etiqueta, que son enormes á los ojos de los celos y del servilismo.

En cuanto á Felipe, enteramente aturdido por aquel exceso de honor estaba más trémulo y abochornado que si su soberana le hubiese ultrajado públicamente.

Bajaba la vista, y su corazón latía con extremada violencia.

La reina se hallaba sin duda agitada por una singular emoción, la de la carrera, porque inmediatamente retiró su brazo y tomó el de la señorita de Taverney pidiendo una silla.

— Perdonad, señor de Taverney, dijo á Felipe sentándose en una silla de tijera que le trajeron; luego añadió en voz baja y con desenfado:

— ¡Dios mío! ¡qué desgracia es el hallarse rodeada incesantemente de curiosos y necios!

Los nobles y las damas de honor habían rodeado á la reina y devoraban con los ojos á Felipe, quien, para ocultar su rubor, se bajó á desatar sus patines, y cuando los hubo desatado, se retiró á fin de dejar el puesto á los cortesanos.

La reina permaneció algunos momentos pensativa; luego, levantando la cabeza, dijo:

— ¡Oh! siento que me enfrío estando inmóvil de este modo; demos otra vuelta.

Y dicho esto entró de nuevo en el trineo.

Felipe aguardó una orden, pero inútilmente.

Entonces se presentaron veinte nobles.

— No, dijo la reina: mis volantes; ¡gracias, señores! Luego, así que los criados estuvieron en su puesto:

— ¡Despacio! dijo, ¡despacio!

Y cerrando los ojos, se sumergió en un éxtasis interior.

El trineo se alejó suavemente como lo había ordenado la reina, seguido de una multitud de ávidos, de curiosos y celosos.

Felipe se quedó solo, limpiándose las gotas de sudor que cubrían su frente, y buscando con los ojos á Saint-Georges para consolarle de su derrota con algunas palabras corteses.

Pero éste había recibido un mensaje del duque de Orleans, su protector, y había dejado el campo de batalla.

Felipe, algo triste, algo cansado y casi asombrado de lo que acababa de pasar, permanecía inmóvil en su sitio, siguiendo con la vista el trineo de la reina que se alejaba, cuando sintió que le rozaban el costado; se volvió y reconoció á su padre.

El viejecito, avellanado como un hombre de Hoffmann, todo él envuelto en pieles como una samoyeda, había tocado á su hijo con el codo para no sacar las manos del manguito que traía colgado del cuello.

— ¿No me abrazáis, hijo mío? dijo, mirando á Felipe con unos ojos dilatados por el frío ó la alegría.

Y pronunció estas palabras con el mismo tono con que el padre del atleta griego debió dar gracias á su hijo por la victoria alcanzada en el Circo.

— Con todo mi corazón, querido padre, respondió Felipe.

Pero era fácil conocer que no había ninguna armonía entre el acento de estas palabras y su significación.

— ¡Bien, bien! Y ahora que me habéis abrazado, id, id pronto!

Y al decir esto empujó á su hijo.

— ¿Pero adónde queréis que vaya? preguntó Felipe.

— ¡Pardiez! ¡allá!

— ¿Allá?

— Sí, al lado de la reina.

— ¡Oh! no, padre mío, no, ¡gracias!

— ¡Cómo no! ¿Qué es eso de gracias? ¿estás loco? ¿no quieres ir al lado de la reina?

— No, es imposible; no lo reflexionáis bien, querido padre.

— ¡Cómo! ¿Es imposible irte al lado de la reina que te está aguardando?

— ¿Que me está aguardando?

— ¿Quién lo duda? al lado de la reina que te desea.

— ¿Que me desea?

Felipe fijó la vista en su padre, y le dijo con frialdad:

— En verdad, padre mío, creo que desvariáis.

— ¡Esto es estupendo á fe mía! dijo el viejo enderezándose y dando una patada en el suelo. ¿Queréis decirme de dónde venís, si os place?

— Señor, dijo tristemente el caballero, temo á fe mía adquirir una certidumbre.

— ¿Qué certidumbre?

— La de que os estáis burlando de mí, ó bien...

— ¿Ó bien qué?

— Perdonadme, padre mío, ó bien que os volvéis loco.

El viejo agarró á su hijo por el brazo con un movimiento nervioso tan enérgico, que el joven frunció el entrecejo de dolor.

— Escuchad, señor Felipe, dijo el viejo, bien sé que la América es un país muy apartado de Francia.

— Sí, padre mío, muy apartado, repitió Felipe; pero no comprendo lo que queréis decir, y os ruego que os expliquéis.

— Un país donde no hay ni reina.

— Ni vasallos.

— ¡Muy bien! ni vasallos, señor filósofo; no lo niego. Ese punto no me interesa en nada y me es muy indiferente; pero lo que no me es indiferente, lo que me aflige, lo que me humilla, es que también tengo miedo de adquirir una certidumbre.

— ¿Cuál, padre mío? En todo caso presumo que nuestras certidumbres son enteramente diferentes.

— La mía es de que eres un gran tonto, hijo mío. Y eso no es permitido á un manecbo de tu apostura. ¡Mira, mira! ¡mira pues allá!

— Ya miro, señor.

— Y bien; ¡la reina se vuelve por la tercera vez! ¡Sí, señor, se vuelve por la tercera vez! ¡Mira, aun se vuelve otra vez! Busca al tonto, al señor puritano, al señor de la América. ¡Oh!...

— Y el viejecito mordió, no con los dientes sino con las uñas, el guante de gamo pardo que hubiera podido encerrar dos manos como la suya.

— Y bien, señor, dijo el joven; aun cuando fuese cierto, lo que probablemente no lo es, que la reina me buscara á mí, ¿qué?

— ¡Oh! exclamó el viejo pateando. Ha dicho: ¡Aun cuando fuese cierto!... ¡Este hombre no es de mi sangre, no es un Taverney!

— ¡No soy de vuestra sangre! murmuró Felipe; y luego en voz aun más baja y levantando los ojos al cielo, añadió:

— ¿Debo dar gracias á Dios por ello?

— Caballero, dijo el viejo, os digo que la reina os llama; os repito que os busca.

— Buena vista tenéis, padre mío, dijo Felipe secamente.

— Vamos, repuso con más dulzura el viejo procurando moderar su impaciencia. Vamos, déjame explicarte... Es verdad, tú tienes tus razones; pero en fin, yo tengo la experiencia. Vamos, Felipe, ¿eres un hombre, sí ó no?

Felipe se encogió ligeramente de hombros sin responder nada.

El viejo, viendo que aguardaba en vano una respuesta, se aventuró, más bien por desprecio que por necesidad, á fijar los ojos en su hijo, y entonces notó toda la dignidad, toda la impenetrable reserva, toda la voluntad inexplicable de que aquel rostro estaba armado para la práctica del bien.

Al hacer esta observación, comprimó su dolor, pasó su suave manguito por la encarnada punta de su nariz y con una voz tan dulce como la de Orfeo cuando hablaba á las rocas de Tesalia, dijo:

— Felipe, amigo mío, vamos, escuchame.

— ¡Pardiez! respondió el joven; me parece que no hago otra cosa en este cuarto de hora, padre mío.

— ¡Oh! yo te haré caer desde el pináculo de tu majestad, señor americano, dijo para sí el padre. Tú debes tener tu lado flaco, señor coloso: déjame clavarte en ese lado mis viejas garras, ¡y ya verás!

Luego dijo en voz alta:

— ¿Tú no has notado una cosa?

— ¿Cuál?

— Una cosa que hace honor á tu sencillez.

— Veamos cuál es, señor.

— Es muy sencillo: tú llegas de América. Te marchaste en un momento en que no había más que un rey y no una reina, sino es la Dubarry, majestad poco respetable. Vuelves, ves una reina, y te dices: respetémosla.

— Sin duda.

— ¡Pobre niño! exclamó el viejo.

Y se puso á ahogar en su manguito una tos y almismo tiempo una carcajada.

— ¡Cómo! preguntó Felipe, ¿me compadecéis de que respete á la soberanía, vos, un Taverney Casa-Roja, vos, uno de los principales nobles de Francia?

— No te acalores, aguarda: yo no te hablo de la soberanía, te hablo de la reina.

— ¿Y hacéis una diferencia?

— ¡Pardiez! ¿Qué es la soberanía, querido mío? Una corona. Á esta no se toca... ¡Guarda, Pablo!... ¿Y qué es la reina? Una mujer. ¡Oh! una mujer es otra cosa, á esa se toca.

— ¡Se toca! exclamó Felipe ardiendo en cólera, y acompañando sus palabras con su gesto tan noble, que ninguna mujer hubiera podido verle sin amarle, ninguna reina sin adorarle.

— Tú no crees nada. ¡Pues bien! dijo el viejecillo con acento bajo y casi feroz, tan grande era el cinismo de su sonrisa; pregunta á M. de Coigny, pregunta á M. de Lauzun, pregunta á M. de Vaudreuil!

— ¡Silencio, silencio, padre mío! exclamó Felipe con sorda voz. ¡Oh! por esas tres blasfemias, no pudiendo atravesaros tres veces con mi espada, os juro que me atravesaré á mí mismo sin compasión en este mismo acto!

Taverney reculó un paso, y giró sobre sus talones, sacudiendo su manguito, como habría hecho Richelieu á la edad de treinta años.

— ¡Oh! verdaderamente es estúpido como un animal, dijo; el caballo es un asno, el águila es un ganso. Buenas tardes, me has divertido mucho; yo me creía el abuelo, el Casandra, y veo que soy un Valerio, un Adonis, un Apolo. ¡Buenas tardes!

É hizo otra pirueta sobre sus talones.

Felipe se había puesto sombrío, y detuvo al viejo al dar la vuelta, diciendo:

— No habéis hablado seriamente, ¿no es verdad, padre

mío? Porque es imposible que un noble de vuestra estirpe siga acreditando semejantes calumnias, sembradas por los enemigos no solo de la reina sino de la monarquía.

— ¡Y todavía duda el archibruto! exclamó Taverney.

— ¿No habéis hablado como si hablaseis ante Dios?

— En verdad.

— ¿Ante Dios, á cuya presencia os vais acercando de día en día?

El joven había anudado la conversación tan desdeñosamente interrumpida por él. Esto era un triunfo para el barón, quien por lo mismo se acercó, y dijo:

— Me parece que soy un hidalgo bastante bueno, señor hijo, y que no miento... siempre.

Este *siempre* era algo risible, pero Felipe no se rió.

— ¿Conque vos, señor, sois de opinión que la reina ha tenido amantes?

— ¡Valiente noticia!

— ¿Los que habéis citado?

— Y otros, ¿qué sé yo? Pregunta á la ciudad y á la corte; preciso es llegar de América para ignorar lo que dicen.

— ¿Y quién dice eso, señor? Unos viles folletistas.

— ¡Oh, oh! ¿Por ventura me tomáis por un gacetero?

— No, y esa es la desgracia; sí, es una desgracia que hombres como vos repitan semejantes infamias, que, sin eso, se disparían como esos maléficos vapores que á veces obscurecen el sol más hermoso. Vos y las personas de noble alcurnia sois los que dais una terrible consistencia á esas calumnias repitiéndolas. ¡Oh! señor, en nombre de la religión, no repitáis semejantes cosas!

— Pues las repito.

— ¿Y por qué las repetís ?

— ¡ Eh ! dijo el viejo agarrándose al brazo de su hijo y mirándole con satánica sonrisa ; para probarte que no hacía mal en decirte : Felipe, la reina se vuelve ; Felipe, la reina está buscando ; Felipe, la reina desea ; Felipe, corre, corre, que la reina está aguardando.

— ¡ Oh ! exclamó el joven cubriéndose el rostro con las manos. En nombre del cielo, callad, padre mío, porque me volvéis loco !

— En verdad que no te comprendo, Felipe, dijo el viejo. ¿ Es un crimen el amar ? Eso prueba que uno tiene corazón ; y en los ojos de esa mujer, en su voz, en su porte, ¿ no se siente su corazón ? Ella ama, ¿ es á ti ? Nada sé ; ¿ es á otro ? es posible ; pero en este momento cree á mi vieja experiencia cuando te digo que ama, ó principia á amar á alguno. Mas tú eres un filósofo, un puritano, un kuaquero, un hombre de América ; tú no amas, te consiguiendo déjala mirar, déjala volverse y aguardar ; insúltala, despréciala, recházala, Felipe, es decir, José de Taverney !

Y acentuadas estas palabras con una ironía salvaje, el viejecillo viendo el efecto que había producido, se escabulló como el tentador después de haber dado el primer consejo del crimen.

Felipe se quedó solo, con el corazón henchido y el cerebro hirviendo ; y ni siquiera pensó en que hacía media hora que se hallaba clavado en el mismo sitio, que la reina había terminado su carrera, que volvía, que le miraba, y que al pasar gritó del medio de su acompañamiento :

— ¡ Ya debéis estar bien descansado, señor de Taverney ! Venid, pues, porque no tenéis igual para pasear regiamente á una reina. ¡ Separaos, señores !

Felipe corrió hacia ella deslumbrado, aturdido y embriagado, y posando la mano sobre el respaldo del trineo, se sintió arder : la reina estaba recostada negligentemente hacia atrás, y los dedos del joven habían rozado los cabellos de María Antonieta.

CAPÍTULO XI.

DE SUFFRÉN

El secreto de Luis XVI y del conde de Artois se había guardado escrupulosamente, cosa que no se acostumbraba en la corte.

Nadie supo á qué hora ni cómo debía llegar M. de Suffrén. El rey había señalado su partida de juego para la noche. Á las siete entró con los príncipes y las princesas de su familia.

La reina llegó trayendo de la mano á Madama Real, que aun no tenía más de siete años.

La asamblea era numerosa y brillante.

Durante los preliminares de la reunión, en el momento en que cada uno ocupaba su puesto, acercóse despacito el conde de Artois á la reina y le dijo:

— Hermana mía, mirad bien en torno de vos.

— Y bien, dijo la reina, ya miro.

— ¿Qué veis?

La reina paseó sus miradas por todo el círculo, registró todos los espesores, sondeó todos los huecos, y viendo en todas partes amigos y servidores, y entre ellos á Andrea y su hermano, dijo:

— Veo caras muy agradables, y sobre todo rostros amigos.

— No miréis los que tenemos, hermana mía; mirad los que nos faltan.

— ¡Calla, es verdad á fe mía! exclamó.

El conde de Artois se echó á reír.

— ¡Ausente aun! repuso la reina. ¡Bien está! ¿Le haré huir siempre así?

— No, dijo el conde de Artois, sólo que la broma se va prolongando. Mi hermano ha ido á aguardar el bailfo de Suffrén en la barrera.

— En tal caso no concibo el motivo de vuestra risa, hermano mío.

— ¿No sabéis por qué me río?

— Sin duda que no; si ha ido á esperar el bailfo de Suffrén en la barrera, ha sido más sagaz que nosotros, pues de ese modo lo verá el primero y de consiguiente le cumplimentará antes que todos.

— Nada de eso, querida hermana, replicó el joven príncipe riendo; tenéis una idea muy pobre de nuestra diplomacia. Mi hermano ha ido á esperar al bailfo en la barrera de Fontainebleau, es verdad, pero nosotros tenemos á alguno esperándole en el relevo de Villejuif.

— ¿En verdad?

— De suerte, prosiguió el conde de Artois, que *Monsieur* se consumirá sólo en la barrera, mientras que M. de Suffrén, dejando á un lado á París por orden del rey, llegará directamente á Versalles donde le esperamos.

— ¡Maravillosamente ideado!

— No muy mal, y estoy bastante satisfecho de mí. Haced vuestra partida, hermana mía.

En aquel momento había en la sala de juego cien personas, á lo menos de la principal clase: el señor de Condé, M. de Penthièvre, M. de La Tremouille y las princesas.

Solo el rey percibió que el conde de Artois hacía reír á la reina, y para tomar alguna parte en su complot, le dirigió una mirada de las más significativas.

Como se ha dicho, no se había divulgado la noticia de la llegada del comendador de Suffrén, y sin embargo no se había podido disipar una especie de presagio que dominaba los ánimos.

Sentíase alguna cosa oculta que iba á aparecer; alguna cosa nueva que iba á brotar: era un interés desconocido que se pintaba en la cara de todas esas personas para quienes adquiere importancia el menor acontecimiento así que el amo frunce el entrecejo para desaprobar ó pliega la boca para sonreír.

El rey, que tenía la costumbre de jugar un escudo de seis libras á fin de moderar el juego de los príncipes y los señores de la corte, no reparó que ponía sobre la mesa todo el oro que llevaba en los bolsillos.

La reina, muy atenta al desempeño de su papel, obró con mucha diplomacia y extravió la atención de los circunstantes sobre el ardor facticio con que jugaba.

Felipe, admitido á la partida y colocado frente á su hermana, absorbía con todos sus sentidos la impresión inaudita y pasmosa de aquel favor tan señalado.

Por más que hacía para evitarlo, le venían á la memoria las palabras de su padre, y se preguntaba si, en efecto,

aquel viejo que había visto tres ó cuatro reinados de favoritos, no se hallaba al corriente de los tiempos y las costumbres.

Preguntábase si ese puritanismo que participa de la adoración religiosa, no era una ridiculez más que él se había traído de lejanas tierras.

La reina, tan poética y tan bella, tan fraternal para él, ¿no era más que una coqueta terrible, deseosa de agregar una pasión más á sus recuerdos, como el entomólogo añade á su cuadro un insecto ó una mariposa más, sin inquietarse de los padecimientos del pobre animal que tiene el corazón atravesado por un alfiler?

Y sin embargo la reina no era mujer común, un carácter vulgar; una mirada suya significaba alguna cosa, puesto que jamás dejaba caer su mirada sin calcular su alcance.

— ¿Coigny, Vaudreuil, repetía Felipe, han amado á la reina, y han sido amados de ella? ¡Oh! ¿por qué es tan sombría esta calumnia? ¿por qué no penetra un rayo de luz en ese profundo abismo llamado un corazón de mujer, más profundo aun cuando es un corazón de reina?

Y cuando Felipe había barajado bastante estós dos nombres en su mente, miraba al extremo de la mesa á Coigny y Vaudreuil, quienes por un singular capricho de la casualidad se hallaban sentados juntos, con los ojos vueltos hacia otro lado de donde estaba la reina, negligentes por no decir distraídos.

Y Felipe se decía que era imposible que aquellos dos hombres hubiesen amado y estuviesen tan tranquilos, que hubiesen amado y estuviesen tan distraídos. ¡Oh! si la reina le amase á él, se volvería loco de felicidad, y si le olvidase después de haberle amado, se suicidaría de desesperación.

Y de los señores de Coigny y de Vaudreuil pasaba la vista á la reina María Antonieta, y, siempre pensativo, interrogaba aquella frente tan pura, aquella boca tan imperiosa, aquella mirada tan llena de majestad, demandando á todos los encantos de aquella mujer la revelación del secreto de la reina.

— ¡ Oh, no ! ¡ Calumnias ! son calumnias todos esos rumores vagos que principian á circular en el pueblo, y á los que sólo los intereses, los odios ó las intrigas de la corte dan alguna consistencia.

Aquí llegaba Felipe en sus reflexiones, cuando dieron las ocho menos cuarto en el reloj de la sala de los guardias, y al mismo tiempo se sintió un gran ruido.

Resonaron en aquella sala pasos acelerados y rápidos ; oyóse el ruido de las culatas de los fusiles contra el suelo, y un murmullo que penetró por la puerta entreabierta llamó la atención del rey, quien volvió la cabeza para oír mejor, y luego hizo seña á la reina.

Esta comprendió la indicación y levantó la sesión inmediatamente.

Cada jugador, recogiendo todo el dinero que tenía delante de sí, aguardó á que la reina dejase adivinar su resolución, para tomar ellos la suya.

La reina pasó al gran salón de recibimiento, donde le había precedido el rey.

Un edecán de M. de Castries, ministro de la marina, se acercó al rey y le dijo algunas palabras al oído.

— Bien, respondió el rey, id.

Luego, dirigiéndose á la reina, dijo :

— Todo va bien.

Cada cual interrogaba con la vista al que tenía al lado,

pues el « todo va bien, » daba á todos mucho en que pensar.

De súbito entró en el salón el mariscal de Castries diciendo en alta voz :

— ¿ Se digna S. M. recibir al señor bailío de Suffrén que llega de Tolón ?

Al oír este nombre, pronunciado en voz alta, gozosa y triunfante, se levantó en la asamblea un tumulto inexplorable.

— Sí, señor, y con sumo placer, respondió el rey.

M. de Castries salió, y casi se agolparon todos en masa hacia la puerta por donde acababa de desaparecer.

Pocas palabras bastarán para explicar esa simpatía de la Francia hacia M. de Suffrén, y para hacer comprender el empeño que un rey, una reina y unos príncipes de sangre real, formaban en ser los primeros á gozar de una mirada de M. de Suffrén. Este es un nombre esencialmente francés, como Turena, como Catinat y como Juan Bart.

Desde la última guerra con la Inglaterra, ó más bien desde el último período de combates que habían precedido á la paz, el señor comandante de Suffrén había dado siete grandes batallas navales sin sufrir una derrota ; se había apoderado de Trinquemale y Gondelour, había afianzado las posesiones francesas, limpiado el mar de piratas, y enseñado al nabab Hayder-Ali que la Francia era la primera potencia de Europa. En el ejercicio de la profesión de marino había desplegado toda la diplomacia de un negociador diestro y honrado, toda la bizarría y la táctica de un soldado, todo el hábito de un sabio administrador. Atrevido, incansable, orgulloso en tratándose del honor del pabellón francés, había fatigado á los ingleses en tierra y en

mar, hasta tal punto que esos orgullosos marinos no osaron nunca dar cima á una victoria principiada ó intentar un ataque contra Suffrén cuando el león enseñaba los dientes.

Luego, después de la acción, durante la cual había prodigado su vida con la indiferencia del último marino, se le había visto mostrarse humano, generoso y compasivo; de manera que lo que la Francia volvía á hallar en el bailío de Suffrén, era el tipo del verdadero marino un poco olvidado después de Juan Bart y de Duguay-Trouin.

No trataremos de pintar el bullicio y el entusiasmo que su llegada excitó en Versalles entre los nobles convocados para aquella reunión.

Suffrén era un hombre de 56 años, grueso, de baja estatura, ojos de fuego, modales nobles y fáciles. Agil á pesar de su obesidad, majestuoso á pesar de su flexibilidad, llevaba erguida su cabellera, ó más bien su melena, pues como hombre acostumbrado á burlarse de todas las dificultades, había hallado el modo de hacerse vestir y peinar en su carroza de posta.

Vestía casaca azul bordada de oro, chupa encarnada y calzónes azules, y conservaba su corbatín militar, complemento obligado de su cabeza colosal.

Cuando entró en el salón de los guardias, alguno había dicho una palabra á M. de Castries, quien se paseaba de un lado á otro con impaciencia, y al punto había exclamado:

— El señor de Suffrén, caballeros.

Al instante los guardias, corriendo á coger sus mosquetes, se alinearon por sí mismos como si se tratase del rey de Francia, y cuando el bailío hubo pasado, formaron de á cuatro detrás de él como para servirle de acompañamiento.

Suffrén, al estrechar la mano de M. de Castries, había

tratado de abrazarle, pero el ministro de marina le separaba suavemente, diciéndole:

— No, señor; no quiero privar del honor de abrazaros el primero á alguno más digno que yo.

Y le acompañó de este modo hasta la presencia de Luis XVI.

— ¡Señor bailío! exclamó el rey radiante de alegría así que le percibió, sed bienvenido en Versalles, donde traéis la gloria, todo lo que los héroes dan á sus contemporáneos sobre la tierra. No os hablo del porvenir, pues es vuestra propiedad. Abrazadme, señor bailío.

M. de Suffrén había hincado en el suelo la rodilla, y el rey lo levantó y abrazó tan cordialmente, que un prolongado estremecimiento de alegría y de triunfo recorrió toda la asamblea, y á no contenerlos el respeto debido al rey, todos los asistentes hubieran prorumpido en unánimes bravos y gritos de aprobación.

El rey se volvió hacia la reina diciéndole:

— Señora, aquí tenéis al señor de Suffrén, al vencedor de Trinquemale y Gondelour, al terror de nuestros vecinos los ingleses, á mi Juan Bart.

— Caballero, dijo la reina, no tengo elogios que haceros. Sabed solamente que no habéis disparado un cañonazo por la gloria de la Francia sin que mi corazón haya latido de admiración y de gratitud hacia vos.

Apenas había terminado la reina cuando el conde de Artois, aproximándose con su hijo el duque de Angulema, dijo á éste:

— Hijo mío, estás viendo un héroe; míralo bien, pues es cosa rara.

— Monseñor, respondió el joven príncipe á su padre,

hace un momento estaba yo leyendo los grandes hombres de Plutarco, pero no los veía. Os doy gracias por haberme mostrado el señor de Suffrén.

Por el murmullo que se formó en torno de él, el joven príncipe pudo comprender que había pronunciado un dicho que se haría célebre.

Entonces el rey se cogió del brazo de M. de Suffrén, y se disponía á conducirlo á su gabinete para hablar con él de geografía, de sus viajes y de su expedición; pero M. de Suffrén hizo una respetuosa resistencia, diciendo:

— Señor, puesto que V. M. me colma de tantas bondades, dignaos permitirme...

— ¡Oh! exclamó el rey, ¡vos rogais, señor de Suffrén!

— Señor, uno de mis oficiales ha cometido una falta tan grave contra la disciplina, que he creído que solo V. M. podía ser juez de la causa.

— ¡Oh! señor de Suffrén, yo esperaba que vuestra primera petición sería un favor y no un castigo.

— Señor, he tenido el honor de decir á V. M. que sería juez de lo que se debe hacer.

— Ya os escucho.

— En el último combate, el oficial de quien hablo á V. M. montaba el *Severo*.

— ¡Oh! ¡el buque que arrió bandera! dijo el rey frunciendo el entrecejo:

— Señor, el capitán del *Severo* había en efecto arriado bandera, respondió M. de Suffrén inclinándose, y ya sir Hugues, el almirante inglés, enviaba una lanucha para marinar la presa; pero el teniente del buque, que vigilaba las baterías del entrepuente, notando que cesaba el fuego, y habiendo recibido orden de apagar el de los cañones, subió sobre el puente, y entonces vió la bandera arriada y

al capitán dispuesto á rendirse. Perdona V. M., señor, pero al ver aquello, encendiéndosele cuanta sangre francesa corría por sus venas, cogió la bandera que se hallaba al alcance de su mano, apoderóse de un martillo, y al mismo tiempo que mandaba romper de nuevo el fuego, fué á clavar la bandera debajo del gallardete. Por este acontecimiento, señor, se ha conservado á V. M. el *Severo*.

— ¡Hermoso rasgo! exclamó el rey.

— ¡Bizarra acción! añadió la reina.

— Sí, señor; sí, señora; pero grave rebelión contra la disciplina. La orden estaba dada por el capitán, y el teniente debía obedecerla. De consiguiente os pido el perdón de ese oficial, señor, y os lo pido con tanta más instancia cuanto que es sobrino mío.

— ¡Vuestro sobrino! exclamó el rey. ¡Y vos no me habéis hablado de él!

— Al rey, no; pero he tenido el honor de dirigir mi parte al señor ministro de la marina, rogándole que no dijese nada á S. M. antes que yo hubiese obtenido el perdón del culpable.

— ¡Concedido, concedido! exclamó el rey; y desde ahora prometo mi protección á toda indisciplina que de ese modo sepa vengar el honor del pabellón y del rey de Francia. ¡Habráis debido presentarme ese oficial, señor bailío!

— Está aquí, replicó M. de Suffrén, y supuesto que V. M. lo permite... M. de Suffrén se volvió y dijo:

— Acercaos, señor de Charny.

La reina se estremeció, pues este nombre despertaba en ella un recuerdo demasiado reciente para estar ya borrado.

Entonces se destacó del grupo formado por M. de Suffrén un joven oficial, y se presentó de súbito ante el rey.

La reina, por su parte, entusiasmada por la relación de su bella acción, había hecho un movimiento para salir al encuentro del joven oficial.

Pero al oír el nombre, y á la vista del marino que M. de Suffrén presentaba al rey, se paró, palideció y exhaló una exclamación.

La señorita de Taverney palideció también y miró á la reina con ansiedad.

En cuanto á M. de Charny, sin ver, sin mirar nada, y sin que su rostro expresase otra emoción que el respeto, se inclinó ante el rey, que le dió su mano á besar; luego se volvió modesto y temblando bajo las ávidas miradas de la asamblea, al círculo de oficiales que le felicitaban estrepitosamente y le ahogaban con caricias.

Siguióse entonces un momento de silencio y emoción, durante el cual se pudo ver al rey radiante, á la reina sonriendo é indecisa, á M. de Charny con la vista baja, y á Felipe, á quien no se había escapado la emoción de la reina, inquieto é investigador.

— ¡Vamos, vamos! dijo por último el rey, venid, señor de Suffrén; venid para que hablemos, pues deseo ardientemente oiros y probaros lo mucho que he pensado en vos.

— Señor, tanta bondad...

— ¡Oh! veréis mis mapas, señor bailío; veréis cada frase de vuestra expedición prevista ó adivinada de antemano por mi solicitud. Venid, venid.

Luego, después de dar algunos pasos llevándose á M. de Suffrén, se volvió de súbito hacia la reina, y le dijo:

— Á propósito, señora, he mandado construir, como sabéis, un navío de cien cañones; he variado de parecer en cuanto al nombre que debe llevar. En lugar de llamarse como habíamos dicho, ¿no es verdad, señora?

María Antonieta, vuelta ya un poco en sí, cogió al vuelo la intención del rey, y dijo:

— Sí, sí, lo llamaremos el *Suffrén*, y seré yo la madrina con el señor bailío.

Al oír esto resonaron estrepitosamente los gritos hasta entonces reprimidos de ¡viva el rey! ¡viva la reina!

— Y viva el *Suffrén!* añadió el rey con exquisita delicadeza; porque nadie podía gritar ¡viva M. de *Suffrén!* en presencia del rey, mientras los más minuciosos observadores de la etiqueta podían gritar: ¡Viva el navío de S. M.!

— ¡Viva el *Suffrén!* replicó la asamblea con entusiasmo.

El rey hizo un signo de gracias por haber comprendido tan bien su pensamiento, y se llevó al bailío á su cuarto.